

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

NUESTRA BIBLIOTECA(*) (163)

JORGE ERNESTO FUNES

La Biblioteca que guarda la Casa de los Escribanos en esta Ciudad de Buenos Aires contiene en sus anaqueles, una grande y valiosa colección de buenos libros. Ella, además, está técnicamente bien atendida, es decir, presta a los profesionales del Colegio, una atención de notoria utilidad.

Difícil es tratar, con la humildad de la persona que uno es, a ese hacinamiento de sabiduría y arte, que toda buena librería encierra. No obstante, la experiencia acumulada, por ser quien escribe un entusiasta frecuentador de las de esta ciudad, de la Argentina de Rosario, en tiempos de estudiante y, excepcionalmente de la Nacional de Madrid, además de haber tenido en cierta ocasión a su cargo alguna importante, lo animan a caer en reflexiones, por sólo servir a ellas.

Diría que, antes que nada, debemos distinguir, en ésta, nuestra biblioteca, dos categorías de obras. Las que siendo del campo del Derecho y anexos, sirven y son útiles a la consulta de escribanos y abogados, para estudios y solución de sus dudas, y las otras, las de cultura general. De las primeras es tarea prioritaria del Colegio lograr que estén todas las que puedan servir al efecto dicho. Sobreentendido esto, huelga todo comentario y plan. De las segundas, es que pretendo ocuparme.

Creo que el hombre, que ha tenido la fortuna de nacer dentro del área de cultura expresada en lengua castellana, puede transcurrir su vida entregado a la lectura de sus clásicos y puede que sus días no le alcancen.

Quien ha tenido la suerte de crecer entre padres amantes de la buena lectura, y supo ver siempre, en su casa, ven las de sus pasados, buenas bibliotecas, sabrá discurrir también cuando otras valgan o cuando sólo sean un simple y ostentoso amontonamiento de libros.

Si alguien entra en la casa de otro, y ve sus libros, puede decir de sus gustos, de su fineza, de la aristocracia de su alma o de la seriedad de su ciencia. Ellos traducen a su dueño.

El siglo en que vivimos, ha visto crecer a la propaganda o publicidad, por todos los medios en que ésta se expresa, como una fuerza increíble de

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

convicción y casi siempre al servicio de bastardos intereses. Así es como ella crea al mejor ejecutante de música, al mejor escritor del mundo, como si esto fuera posible habiendo tantos idiomas, al más grande amante de la paz, a la mujer más bella.

Muchos sucumben a esa fuerza, que actúa asimismo creando las modas. Otros, los menos, casi nadie diría, la resisten. En la cultura, los que la hacen, bien o mal, y están en el mundo medrando con ella, muy comúnmente sólo piensan en ellos ven sus producciones, tendiendo para los grandes, que fueron y siguen siendo, una cortina de silencio, precisamente para que lo grande de aquéllos no se les torne en ruinosa competencia. Entre vivos es el juego, entonces, pues que los muertos no tienen voz. Entre aquéllos, son los mutuos elogios. Así es como se da comienzo al olvido de los clásicos. Entre tanto, diarios y revistas, radios y aparatos televisivos, con su cháchara machacadora, hacen lo suyo.

Pero el paso de los siglos desdeña y olvida todo lo que no vale, así se grite en sus días; ven la lejanía del tiempo, se alzan y permanecen inconvencibles los valores reales que la humanidad creó y respetó o debió respetar, por cuanto que volviendo a ellos la memoria, han de servir siempre, como fundamento de algo noble en nuestras vidas.

Inclinado, el que esto escribe, a la lectura de viejas crónicas y crónicas de los siglos XIV, XV y XVI e historias y otros libros de nuestra vieja España, notó casi siempre, en sus autores y protagonistas, advirtiéndose que éstos fueran casi siempre comunes hidalgos, soldados conquistadores o navegantes, y no intelectuales o posando como tales; notó, digo, una constante presencia en ellos de muy seguros conocimientos en materia religiosa, filosófica, en arte de navegar, en la gramática, y por supuesto, en la historia, no sólo de sus naciones, sino de las antiguas, de griegos y romanos, ven algunos de ellos, el uso del latín, para hablar con licenciados, o en sus rezos, como en el caso del fabuloso Hernán Cortés o del mejor militar que pasó a las Indias, aquel don Francisco de Carvajal, también llamado "Demonio de los Andes", que además sabía de los romances viejos.

Estas observaciones me llevaron a pensar en las fuentes de conocimientos y me pareció recordar haber leído que a la biblioteca del marqués de Santillana la formaban 40 ó 50 libros y además, que ese número era constante en las de otros famosos y doctos señores.

Para tomar una más firme noticia, decidí, entonces, consultar a Cervantes, quien no sólo puede ostentar a nuestra admiración el ser príncipe de los escritores del habla castellana, sino quizás, el más veraz y de más noble corazón, al tiempo que valerosísimo soldado, testigo a costa de un brazo, de "la más alta ocasión que vieron los siglos".

Y en su famoso libro, ya nos muestra el ilustre manco a esas fuentes, contándonos cómo, en el "donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo"... "hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños". Debemos tener presente que Cervantes nos presenta siempre a Quijote como hombre de sólida y clásica cultura, y

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

estimándola en tal grado, que le hace decir, hablando de la poesía como expresión general literaria: "ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. y no penséis señor, que yo llamo aquí vulgo, solamente a la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo. Encuentra el ingenioso hidalgo en su camino a don Diego de Miranda, el caballero del verde gabán, quien, refiriendo a don Quijote su persona y vida dícele: "...soy un hidalgo... soy más que medianamente rico ves mi nombre don Diego de Miranda... Tengo hasta seis docenas de libros, cuales de romance y cuales de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías, aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención" (parte 2, Cap. 16).

Aquí no sólo nos dice Cervantes cuál era el número de libros que solía tener un hidalgo culto, que además tenía un hijo poeta, sino que agrega la noticia de sus inclinaciones en la elección de sus lecturas: "los profanos" pero también, nos aclara: " ... de honesto entretenimiento, que deleitan con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención".

El bachiller Cibdarreal, también nos da un número, tan luego, el de los libros del marqués de Villena, y hablando con burla del obispo don Lope de Barrientos, encargado de quemarlos, por orden del rey, acusado su dueño de mágico y nigromántico, dice: "E fray Lope hizo quemar más de cien libros que no los vio él mas que el rey de Marruecos, ni más los entiende que el deán de Cibdá Rodrigo".

Volviendo al aprecio de don Quijote por los libros y sus lectores y hablando de las letras humanas, nos dice: "...las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen, como las mitras a los obispos o como las garnachas a los peritos jurisconsultos".

El Rabbí don Sem Tob del Carrión, que vivió entre los siglos XIII y XIV, dedica al rey don Pedro de Castilla sus "Proverbios Morales y le dice:

Non ay lança que passe
todas las armaduras
Nin que tanto traspasse
comme las escrituras
La saeta lanza
hasta un cierto hito
y la letra traspasa
desde Burgos a Egipto
Quanto más va tomando
con el libro ponfía
tanto irá ganando
buen saber toda vía

Vemos también al de Santillana apreciando el valor de bibliotecas. En el

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

"Diálogo de Bias contra Fortuna", expresa: "Escribió Bias estas cosas que se siguen: Estudiad con placer a los honestos e a los viejos".

Y cuando Fortuna (que en aquellos siglos significaba lo maligno) amenazaba Bias con una desgracia más, de las que antes le había prometido, le contesta Bias como réplica y consuelo:

E la biblioteca mía
allí se desplegará
allí me consolará
la moral philosophía

Hubo excepciones en el número. Fernando Colón, el hijo del Almirante, juntó una inmensa biblioteca en Sevilla - cuyos volúmenes él mismo buscó con cultísimo empeño - haciendo en ellos luego anotaciones. Permitió su trato o su lectura, pero los libros estaban atados con cadenas y para leerlos debía pasarse las manos que los sostenían a través de rejas muy seguras.

El rey prudente, don Felipe II, formó en el Escorial una de las más valiosas bibliotecas de la época. Sus parientes, emperadores y reyes rivalizaban en el regalo de maravillosos códices e incunables invalorables.

El espectáculo del respeto y vamos por los libros fue igual en toda la Europa renacentista.

Nicolás V, pontífice romano de 1447, funda la nueva biblioteca vaticana con 5.000 volúmenes. Esta es para la corte, pero crea también una selecta y ésta la instala en su sala de trabajo.

El Gran Maquiavelo despojado de sus funciones, vegetaba en San Casiano. Su amigo el embajador en Roma, Francesco Vettori, le escribe reprochándole la vida que lleva, alternando con gente vulgar. Maquiavelo contesta: "...Es cierto, habla en la venta, charla con los viajeros y juega con el hostelero, hasta que cansado del bullicio vuelve a su casa y para entrar a su biblioteca, se despoja de los atavíos diarios, se envuelve en regias vestiduras y se anuncia como huésped entre aquellos hombres que en sus escritos conversan afablemente con él".

Cuando las gentes de la nación española, pasan el mar océano y dan comienzo a las conquistas y posterior colonización de estas tierras que habrían de llamarse Las Indias y Nuevo Mundo, primero, y después América, traen casi junto a las armas, los libros de su cultura.

Irving Leonard, en su erudito estudio "Los libros del conquistador", documenta lo que contenían las bibliotecas de nuestros antepasados, no ya en España, sino aquí en el Nuevo Mundo.

El nos dice que en 1551 un real decreto ha creado la Universidad de San Marcos en Lima, que en ese entonces era nuestra Capital, ya que el virreinato del Perú iba desde Panamá al estrecho de Magallanes. Dice también que en 1586 ya es esa Universidad un centro de altos estudios en el que una cátedra la ocupa nada menos que el Padre José de Acosta, científico, filósofo y autor de la "Historia Natural y Moral de Las

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Indias" obra que le valió a su creador, el mote de "Plinio del Nuevo Mundo". El comercio de libros en este continente, estudiado por Leonard, nos deja sabiendo también el número que de ellos podrían contener las bibliotecas de los que a España los solicitaban, y la calidad de los mismos. Allí figuran obras de Fray Luis de Granada y Fray Luis de León; en jurisprudencia, el "De justitia et jure", del gran profesor de Salamanca, Domingo de Soto, considerada como obra trascendental de filosofía del derecho; las "Siete Partidas de Alfonso el Sabio", el Código de leyes de Castilla; el "Regimiento de Navegación", de Pedro de Medina; obras del filósofo Huarte de San Juan y escritos de Santo Tomás de Aquino y los comentarios sobre ellos y sobre Aristóteles, por tomistas de la altura de Bartolomé Medina y Francisco de Toledo; del humanista Alejo Vanegas, del erasmista Juan Luis Vives; el "Arte de la lengua castellana", de Antonio de Nebrija, del tiempo de los Reyes Católicos. Tiene también lo mejor de la literatura de creación: "La Celestina", el "Lazarillo de Tormes", el "Libro áureo de Marco Aurelio"; los tan combatidos de caballerías, el "Amadís de Gaula", "Belianis de Grecia", "Felixmarte de Hircania", "El Caballero de la Cruz".

De la antigüedad clásica son demandados "Las Epístolas" de Cicerón, obras de Ovidio, de Virgilio, de Homero.

Los títulos en uno de los inventarios llegan a 135. Como vemos, hay una constante en el número que en aquellos tiempos componía las bibliotecas de obras tan escogidas.

Volviendo a nuestros días, en nuestro país, disposiciones legales hacen que a la Biblioteca Nacional y al Archivo General de la Nación lleguen prácticamente casi todo libro, folleto y hasta revista que se publica. Los transportes, por su cantidad, deben hacerse en camiones, cada tantos días. El arribo de estas montañas de papel impreso, crea problemas de acomodamiento en las instituciones a que son destinadas. ¿Qué hacer con esos libros cuando llegan? Desde luego lo normal ha de ser, si aún queda lugar, colocarlos en los anaqueles, y si por casualidad el autor de un impreso de éstos tiene como primera letra de su apellido la tercera del abecedario, bien puede ser que le toque estar al lado de Cervantes, o de Cicerón. A mí, esto, me parece algo así como herejía.

En cierta oportunidad, quien esto escribe quiso consultar en la Biblioteca Nacional a un clásico del siglo XV. En el fichero se cansó de pasar tarjetas y tarjetas de gente conocida suya y vecinos de esta ciudad con el mismo apellido de aquel escritor de seiscientos años atrás, pero a éste no lo pudo encontrar. Quizás fue mala suerte, y abandonó la búsqueda. Descorazonado, allí mismo se dijo: Debería existir una biblioteca de clásicos y otra general para los demás, desde ya contemporáneos, buenos o malos, a los que el tiempo irá haciendo justicia con el paso de los años y el aumento de sus famas, sacándolos de la compañía multitudinaria para llevarlos a la otra, que tendrá que ser selecta, como la que para sí formó en el Vaticano Nicolás V, el Pontífice romano; o como aquella de Maquiavelo, a la que sólo entraba con regias vestiduras y sentía en ella que los autores que guardaba conversaban con él

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

afablemente.

Los lectores de aquellas bibliotecas quizás leían menos que un casi iletrado y vulgar lector de periódicos de nuestros días. Seguramente sabían de menos cosas que un hombre cualquiera de la actualidad, pero las que sabían eran fundamentales y lucían. Hoy la generalidad, y me refiero a bachilleres y universitarios, sabemos un poco o tenemos noticia de muchísimas cosas, pero este saber, por lo general, ni cuenta ni en consecuencia luce. Aquéllos, lo que leían, ya fuera religión, historia, gramática, filosofía, poesía o ciencias, era todo aquilatado. Los autores se llamaban Cervantes, Nebrija, Garcilaso, Cicerón, Ovidio, Homero...

Pienso que todo lo expuesto pueda ayudar al deseo que me inspiró la reflexión apuntada, el que termino exponiéndolo así: Quede en la casa todo lo clásico, y no se saque de ella como se dice que se quiere hacer. Allí lucirá, cuando alguna vez quiera mostrarse al visitante - extranjero el mejor adorno que para sus dueños un palacio puede ostentar. Una grave y fundamental biblioteca en cuyo ámbito, al entrar, por lo que ahí se guarde, ha de sentir, enmudeciendo, todo hombre espiritual, un algo parecido, aquí por el respeto como allí por la piedad, a lo que siente un religioso cuando traspasa las puertas de una vieja catedral, sumida en el ensueño de siglos, con historias, milagros y leyendas.